

sólo había dejado un hijo de seis años de edad, llamado Juan. Temíase, pues, que entre los partidarios de los Bentivogli hubiera discordias capaces de facilitar la vuelta de los Canneschi, causando la ruina del partido contrario á ellos y de la patria.

Estando en estas dudas, Francisco, que había sido conde de Poppi y se encontraba en Bolonia, manifestó á los principales de la ciudad que si querían ser gobernados por un descendiente del linaje de Aníbal, él lo mostraría, y dijo que, estando Hércules, primo de Aníbal, hacía unos veinte años en Poppi, tuvo amores con una joven de este pueblo y de ella un hijo llamado Santi, que Hércules le aseguró ser suyo, lo cual además no podía negar, por la extraordinaria semejanza de ambos.

Creyeron los ciudadanos á Francisco, y enviaron á Florencia emisarios para reconocer al joven y pedir á Cosme de Médicis y á Neri que se le concedieran.

El que figuraba como padre de Santi había muerto, y vivía el joven con un tío suyo llamado Antonio de Cascese, hombre rico, sin hijos y amigo de Neri quien, al saber el caso, juzgó que no era prudente despreciar la oferta, ni temerariamente aceptarla, opinando que Santi hablara con los enviados de Bolonia á presencia de Cosme de Médicis. Así se convino, y los boloñeses no sólo honraron, sino casi adoraron á Santi: ¡tanto podía en ellos el espíritu de partido!

No se convino, por lo pronto, nada. Cosme llamó aparte á Santi y le dijo: «Nadie mejor que tú mismo puede aconsejarte en este caso, porque has de adoptar la determinación á que tu ánimo te incline. Si eres hijo de Hércules Bentivoglio, acometerás las empresas dignas

de esta casa y de tu padre, y si lo eres de Agnolo de Caseese, continuarás en Florencia consumiendo tu vida en un vil telar de lana.»

Estas palabras conmovieron al joven y, aunque al principio se había negado á acceder á la pretensión de los boloñeses, ofreció hacer lo que Cosme y Neri determinaran. Pronto se llegó á un acuerdo con los Comisarios de Bolonia y, provisto de trajes, caballos y servidores, fué Santi, acompañado de muchos á esta ciudad, donde le entregaron la guarda del hijo de Aníbal y el gobierno de Bolonia. Tanta fué su prudencia en la goberción que, habiendo muerto todos sus antepasados á manos de sus enemigos, él vivió en paz y respetado por todos hasta su muerte.

XI. Después de la muerte de Nicolás Piccinino y de la paz ajustada en la Marca, descaba tener Felipe Visconti un general para su ejército, y negoció secretamente con Ciarpellone, uno de los mejores tenientes de Sforza, llegando á un acuerdo.

Pidió Ciarpellone licencia al conde Sforza para ir á Milán y tomar posesión de algunos castillos que en las pasadas guerras le había donado Visconti. Sospechó Sforza el motivo del viaje y, para que el duque de Milán no se sirviera de Ciarpellone contra él, hizo prender á éste y, al poco tiempo, matarle pretextando que le hacía traición.

Mucho indignó á Felipe este suceso, y no poco satisfizo á los venecianos y florentinos, temerosos de que se uniera al poder del duque de Milán el ejército de Sforza. Aquella indignación produjo nueva guerra en la Marca.

Era señor de Rímini Gismondo Malatesta que, por ser yerno de Sforza, esperaba la Señoría de Pésaro; pero al

ocupó éste y la dió á su hermano Alejandro. Tal preferencia irritó el ánimo de Gismondo, aumentando su indignación el ver que Federico Montefeltro, su enemigo, por el favor del conde Sforza había ocupado la Señoría de Urbino.

Por tales motivos tomó Gismondo el partido del duque de Milán, y excitaba al Papa y al rey de Nápoles para que declararan la guerra al conde Sforza. Este, á fin de que conociera Gismondo los primeros frutos de la guerra que tanto deseaba, determinó prevenir el ataque y le acometió de improviso. La perturbación fué inmediata en la Romaña y en la Marca, porque Visconti, el rey de Nápoles y el Papa enviaron poderoso auxilio á Gismondo, y los florentinos y venecianos dieron al conde Sforza, si no gente, dinero.

No bastó á Visconti la guerra en la Romaña, é intentó quitar á Sforza Cremona y Pontremoli; pero los florentinos defendieron esta plaza, y los venecianos aquélla.

De esta suerte se renovó la guerra en Lombardia, y después de algunos combates en los alrededores de Cremona, los florentinos, al mando de Micheletto, y los venecianos derrotaron en Casale á Francisco Piccinino, que mandaba el ejército del duque de Milán (1446).

Esperando los venecianos, por esta victoria, quitar al duque sus Estados, enviaron un Comisario á Cremona, é invadieron la Ghiaradadda, ocupando todo aquel territorio, menos Crema. Pasaron después el Adda y llegaban en sus correrías hasta Milán.

El duque Visconti acudió á Alfonso, rey de Nápoles, rogándole que le socorriera, y mostrándole el peligro que correría aquel reino si los venecianos se apoderaban de

Lombardia. Prometió Alfonso enviarle auxilio, que difícilmente podía pasar sin consentimiento del conde Sforza.

XII. Rogó Felipe Visconti al Conde que no abandonara á su suegro, viejo ya y ciego. El Conde estaba ofendido con el Duque por haberle éste movido la guerra; mas, por otra parte, no le agradaba el engrandecimiento de los venecianos. Además, empezaba á faltarle dinero, y la Liga era parca en dárselo, porque los florentinos no tenían ya al Duque el miedo que les obligaba á estimar á Sforza, y los venecianos deseaban la ruina de éste, por creer que era el único capaz de poderles quitar la Lombardia. Sin embargo, mientras Visconti procuraba atraérselo, ofreciéndole el mando de todas sus tropas si restituía la Marca al Papa y abandonaba á los venecianos, éstos le enviaron embajadores, prometiéndole Milán si lo tomaban, y el mando de todo su ejército á perpetuidad, con tal que continuara la guerra en la Marca é impidiera la llegada á Lombardia de las tropas del rey Alfonso.

Grandes eran las promesas de los venecianos y grandísimos sus servicios, por haber intervenido en aquella guerra para salvar á Cremona, que era de Sforza. En cambio las injurias del duque de Milán eran recientes, y sus ofrecimientos no grandes y nada dignos de fe. Estaba, sin embargo, dudoso el Conde acerca del partido que debería tomar, porque de una parte le obligaban sus compromisos con la Liga, la fidelidad jurada, los recientes servicios que la Liga le había hecho y las promesas para lo futuro; de otra le detenían los ruegos de su suegro, y, sobre todo, el veneno que sospechaba encubrían los venecianos con sus promesas; comprendiendo que, si eran vencedores, á discreción suya quedaba el realizar-

las, y á este peligro sólo por necesidad debía exponerse un hombre prudente.

Con la incertidumbre de Sforza en resolverse acabaron por ambición los venecianos, quienes, esperando ocupar á Cremona por secretas negociaciones que tenían con gente de dicha plaza, con distinto pretexto acercaron á ella su ejército. Pero los que á nombre de Sforza guardaban á Cremona descubrieron el complot y fracasó, resultando que no se apoderaron de Cremona y perdieron la ayuda del conde Sforza, que, dejando á un lado todo género de consideraciones, se unió al duque de Milán (1447).

XIII. Había muerto el papa Eugenio y sido elegido para sucederle Nicolás V.

El conde Sforza tenía ya reunido todo su ejército en Cotignola para pasar á Lombardía, cuando recibió la noticia de la muerte de Felipe Visconti, ocurrida á fines de Agosto de 1447.

Este suceso alarmó á Sforza, porque debía pagar á sus tropas y no estaba seguro de la subordinación del ejército. Temía á los venecianos, que contaban entonces con numerosas fuerzas, y de los cuales se había separado recientemente para unirse al duque de Milán; temía también al rey Alfonso, su perpetuo enemigo; nada esperaba del Papa, porque ocupaba tierras de la Iglesia, y nada de los florentinos, aliados con los venecianos.

Determinó, sin embargo, arrostrar la mala fortuna y dejarse guiar por los sucesos, porque en la actividad se encuentran oportunidades que en la quietud nunca se hallan.

Le infundía grandes esperanzas la creencia de que, si los milaneses querían defenderse de la ambición de los

venecianos, sólo del ejército que él mandaba podían valerse. Por ello, cobrando ánimo, pasó al territorio de Bolonia, y después á Módena y Reggio, deteniéndose con el ejército junto al río Lenza, y ofreciendo desde allí sus servicios á los milaneses.

Éstos á la muerte del Duque se dividieron, queriendo unos vivir libres, y otros bajo el mando de un príncipe. De los que preferían un príncipe, unos deseaban al conde Sforza y otros al rey Alfonso. Estando los que amaban la libertad unidos, prevalecieron de sus adversarios, y organizaron un gobierno republicano, que no obedecieron muchas ciudades del Ducado, porque cada una deseaba gozar de su libertad como Milán, y las que no aspiraban á ser repúblicas independientes, rechazaban la soberanía de los milaneses. Lodi y Piacenza se entregaron á los venecianos; Pavía y Parma se declararon independientes y, viendo Sforza esta desorganización, marchó á Cremona, donde sus comisionados llegaron á un acuerdo con los de Milán para que Sforza fuera jefe de todo el ejército, con las mismas condiciones que había pactado con el Duque Visconti, añadiendo que Brescia fuera del Conde y, si conquistaba Verona, se quedase con esta ciudad, restituyendo Brescia á los de Milán.

XIV. Antes de que muriera el duque de Milán, el papa Nicolás, al ocupar el solio pontificio, procuró restablecer la paz entre los príncipes italianos. Al efecto negoció con los embajadores que le enviaron los florentinos para felicitarle por su elección, que se reuniera una Dieta en Ferrara, á fin de convenir larga tregua ó ajustar la paz.

Reuniéronse, pues, en Ferrara el legado del Papa y los embajadores venecianos, milaneses y florentinos,

pero no fueron los del rey de Nápoles. Encontrábase éste en Tivoli con bastante gente de á pie y á caballo, y desde allí favorecía al duque de Milán, creyéndose que, por haber atraído á su causa al conde Sforza, pretendían atacar abiertamente á venecianos y florentinos y, mientras lograban que el ejército de Sforza pasara á Lombardia, entretener el tiempo con las negociaciones de la paz en Ferrara, donde el rey Alfonso no envió embajadores, prometiendo ratificar lo que conviniera el duque de Milán.

Duraron estas negociaciones muchos días y, después de larga discusión, se convino ó en una paz perpetua ó en una tregua por cinco años á voluntad del duque Visconti. Pero cuando sus embajadores volvieron á Milán para saber su opinión, le encontraron muerto.

A pesar de la muerte de Visconti los milaneses deseaban observar el acuerdo; pero no quisieron los venecianos, por su grande esperanza de apoderarse del Estado de Milán, mayormente al ver que Lodi y Piacenza, tan pronto como murió el Duque, se unieron á ellos. Creían, pues, que en breve tiempo, ó por fuerza ó por convenio, despojarían á Milán de todo el Ducado y después, oprimir de tal modo á los milaneses, que aun ellos tuvieran que rendirse antes de que alguien les socorriera. Pesuadiéronse de esto mucho más al ver que los florentinos se empeñaban en guerra con el rey de Nápoles.

XV. Estaba el Rey en Tivoli; quería emprender la guerra en Toscana, como con Visconti había convenido y, juzgando que la empezada en Lombardia le daba tiempo y comodidad para ello, deseó tener una posición en territorio florentino antes de emprender abiertamente las hostilidades. Al efecto, entabló tratos secretos con

los del castillo de Cennina, en el valle del Arno, y lo ocupó.

Sorprendió á los florentinos este inesperado ataque, y al ver que el Rey iba contra ellos, tomaron tropas á sueldo, crearon el Consejo de los Diez y, según su costumbre, se prepararon á la guerra.

Encontrábase ya Alfonso con su ejército cerca del territorio de Siena, y se esforzaba por que esta ciudad se adhiera á su causa; pero los sieneses permanecieron fieles á la amistad con los florentinos, y no recibieron al Rey ni en Siena, ni en ninguna de las poblaciones de su territorio, aunque le proveían de víveres, porque su impotencia y la fuerza del enemigo no les permitía hacer otra cosa.

No tomó el Rey para la invasión en Toscana el camino del valle del Arno, como al principio había determinado, ó por haber perdido á Cennina, ó porque los florentinos tenían reunido ya bastante ejército; dirigióse, pues, hacia Volterra, ocupando varios castillos en el Volterrano. Desde allí fué á la comarca de Pisa y, por la ayuda que le dieron Arrigo y Fazio, de la familia de los condes de la Gherardesca, tomó algunas plazas y atacó á Campiglia, de la cual no pudo apoderarse por la defensa de los florentinos y por el rigor del invierno.

Dejó el Rey en la comarca conquistada guarnición para custodiarla y hacer correrías, y con el resto del ejército se acuarteló en el territorio de Siena.

Los florentinos entretanto, aprovechando la estación, organizaron un ejército, dando el mando á Federico, señor de Urbino, y á Gismondo Malatesta, de Rímni; y, aunque hubo discordia entre ambos, por la prudencia de Neri de Gino y de Bernardino de Médicis, que eran los

Comisarios, continuaron unidos de tal modo que, siendo aún grande el frío, salieron á campaña (1448) recobrando las poblaciones perdidas en el territorio de Pisa y el Pomarance en el de Volterra. Los soldados del Rey, que antes hacían correrías por la costa, fueron contenidos hasta el punto de defender, no sin trabajo, las plazas cuya guarda se les había confiado.

Llegada la primavera, acamparon los Comisarios con todo el ejército en Spedaletto, en número de cinco mil caballos y dos mil infantes, y el Rey llegó con el suyo de quince mil hombres á tres millas de Campiglia.

Cuando se esperaba que volviera á atacar esta plaza, acometió á Piombino, creyendo conquistarlo fácilmente, por estar aquella comarca mal provista y por juzgar que su ocupación le era utilísima y muy dañosa á los florentinos, pues, desde aquella comarca, podía sostener larga guerra contra ellos, á causa de recibir las provisiones por mar, y perturbar todo el país de Pisa.

Por ello alarmó á los florentinos este ataque y, después de deliberar lo que convenia hacer, acordaron acampar con el ejército en los bosques de Campiglia, esperando, con este movimiento, batirle ú obligarle á vergonzosa retirada. Armaron pues cuatro galeones que tenían en Liorna, y en ellos llevaron trescientos infantes á Piombino. El ejército, por considerar peligroso situarse en los bosques de la llanura, acampó en Caldane, posición de muy difícil ataque.

XVI. Sacaban los florentinos los víveres de las comarcas inmediatas que, por ser estériles y poco habitadas, les proveían con dificultad. Había, pues, escasez, y sobre todo faltaba el vino, porque ni se recolectaba en aquella tierra, ni se podía llevar de más lejos, siendo im-

posible dar á cada cual su ración. El ejército del Rey, en cambio, aunque estrechado por los florentinos, estaba abundantemente provisto de todo, hasta de paja para los caballos, porque recibía por mar las provisiones.

Intentaron los florentinos proveerse del mismo modo, cargando de víveres sus galeones y haciéndoles ir; pero los encontraron siete galeras del Rey, y dos de aquéllos fueron cogidos, huyendo los otros dos. Esta pérdida quitó la esperanza al ejército florentino de tener víveres frescos, y doscientos ó más hombres, por la falta de provisiones, especialmente de vino, desertaron, pasándose al rey Alfonso; las demás tropas murmuraban, diciendo que en el sitio donde acampaban, sin vino y con mala agua, era excesivo el calor. Tantas fueron estas murmuraciones, que los Comisarios determinaron abandonar aquel lugar, y se dirigieron á recuperar algunas poblaciones que todavía estaban en poder del Rey, quien, aun cuando contaba con víveres y con ejército más numeroso, nada podía emprender, por las numerosas enfermedades que en esta época del año producen las marismas, dolencias tan perniciosas, que muchos morían y casi todos estaban enfermos.

Empezaron negociaciones para la paz, pidiendo el Rey cincuenta mil florines y que dejaran á su discreción Piombino. Enviadas estas condiciones á Florencia, muchos que deseaban la tranquilidad las aceptaban, asegurando no saber cómo se podría alcanzar la victoria en una guerra que tanto costaba mantenerla. Pero Neri Capponi fué á Florencia, y de tal modo animó á los ciudadanos con sus discursos que, de común acuerdo, convinieron en no aceptarlas, tomando bajo la protección de la República al Señor de Piombino, con obligación de sostenerle en

paz y en guerra, con tal de que no se entregara al Rey, defendiéndose, como hasta entonces, del enemigo.

Supo Alfonso esta determinación, y viendo que su ejército, debilitado por las enfermedades, no podía tomar la plaza, levantó el sitio casi como en derrota, dejando allí más de dos mil muertos. Con el resto del enfermo ejército se retiró á la comarca de Siena, y desde allí al reino de Nápoles, indignado contra los florentinos y amenazándoles que, en mejor tiempo, emprendería de nuevo la guerra.

XVII. Mientras ocurrían estos sucesos en Toscana, habiendo llegado el conde Sforza en Lombardia á ser general de los milaneses, antes que toda otra cosa se hizo amigo de Francisco Piccinino, que á sueldo de aquéllos militaba, para que le favoreciese en su empresa ó se contuviera en contrariarla.

Salió con su ejército á campaña. Comprendieron los de Pavia que no podían defenderse de esta fuerza, pero, no queriendo obedecer á los milaneses, le ofrecieron la ciudad á condición de que no la pusiera bajo el poder de Milán.

Deseaba Sforza la posesión de Pavia, pareciéndole que era buen principio para realizar sus proyectos; y no le contenía el temor y la vergüenza de faltar á su palabra, porque los grandes hombres llaman vergüenza el perder y no el adquirir con engaño; pero dudaba si al ocupar á Pavia se indignarían los milaneses hasta el extremo de entregarse á los venecianos. No apoderándose de ella, temía que cayera en poder del duque de Saboya, á quien muchos ciudadanos deseaban entregarse, de modo que en uno ú otro caso podía verse privado de la posesión de Lombardia.

Juzgó menor peligro apoderarse de Pavia que dejarla tomar á otro, y determinó aceptar el ofrecimiento, esperando convencer á los milaneses, á quienes hizo ver que, si no la ocupaba, corrían peligro de que sus habitantes la entregaran á los venecianos ó al duque de Saboya, siendo en cualquiera de ambos casos perdida para ellos; de suerte que debían preferir tenerle por vecino y amigo, á un vecino poderoso y enemigo como lo eran los venecianos y el duque de Saboya.

Los milaneses se alarmaron mucho al saber esto, creyendo descubrir la ambición del Conde y lo que se proponía; pero disimularon sus sospechas, porque, aparte de Sforza, no veían refugio más que en los venecianos, cuya soberbia y gravosas condiciones les espantaban; por lo cual determinaron no apartarse del Conde, y valerse de sus fuerzas para librarse de los males que les amenazaban y, si podían conseguirlo, librarse después de él.

No solamente les atacaban entonces los venecianos, sino también los genoveses y el duque de Saboya á nombre de Carlos de Orleans, hijo de una hermana de Felipe Visconti. A los genoveses y al Duque los contuvo fácilmente Sforza. Quedaban sólo como enemigos los venecianos que, con poderoso ejército, querían ocupar el Estado de Milán y tenían á Lodi y Piacenza. Sforza sitió esta última plaza y, después de largo trabajo, la tomó y saqueó. Llegado el invierno, puso á su ejército en alojamiento, y él se fué á Cremona, donde pasó con su mujer el resto de la estación.

XVIII. Al empezar la primavera, salieron á campaña los ejércitos veneciano y milanés. Deseaban los milaneses recuperar á Lodi, y después ajustar la paz con los venecianos, porque los gastos de la guerra habían au-

mentado considerablemente y la fidelidad del general era sospechosa, de suerte que deseaban con vehemencia la paz para descansar y precaverse de Sforza. Determinaron, pues, que su ejército fuese á la conquista de Caravaggio, esperando que Lodi se rindiera cuando aquel castillo fuese tomado.

Obedeció el Conde á los milaneses, aunque su opinión era pasar el Adda é invadir el territorio de Brescia.

Púsose el cerco á Caravaggio y con fosos y bastiones se fortificaron los sitiadores, para que, si los venecianos querían hacerles levantar el asedio, tuvieran que acometerles con desventaja.

Vinieron las tropas de Venecia á las órdenes de Micheletto, á situarse á dos tiros de arco del ejército de Sforza, permaneciendo en estas posiciones muchos días y teniendo muchas escaramuzas. Pero el Conde continuaba el asedio del castillo en términos que los sitiados no podían resistir más. Su rendición desagradaba mucho á los venecianos, por creer que la pérdida de Caravaggio equivalía á la pérdida de la campaña.

Hubo, pues, entre sus capitanes grandísima discusión sobre el modo de socorrerlo, sin que se viera otro camino que el de acometer al enemigo dentro de sus trincheras, con grandísima desventaja; pero tanto estimaban la posesión de aquel castillo, que el Senado veneciano, naturalmente tímido y opuesto á toda empresa dudosa ó de peligro, prefirió ponerlo todo en riesgo, á perder á Caravaggio y, con él, la campaña.

Determinaron, pues, atacar de cualquier modo al Conde y, al amanecer de un día, le acometieron por la parte menos guardada. Al primer impetu el ejército de Sforza, que no esperaba el ataque, se desorganizó; pero

el Conde restableció en seguida el orden, de tal suerte, que los enemigos, después de grandes esfuerzos, no sólo fueron rechazados, sino derrotados y dispersos, hasta el punto que, de doce mil caballos que tenía el ejército, apenas se salvaron mil, perdiéndose todos los carros y bagajes. No habían sufrido hasta entonces los venecianos mayor y más espantosa ruina.

Entre el botín y los prisioneros encontraron conternadísimo un proveedor veneciano, que antes de la batalla y durante la campaña hablaba del Conde ultrajándole, llamándole bastardo y vil. Al verse prisionero, y recordando sus insultos, temeroso de que le premiaran cual merecía, llegó ante Sforza tímido y asustado, como es natural en los soberbios y viles, que en la prosperidad son insolentes y en la adversidad humildes hasta la abyección y, llorando se arrodilló, pidiéndole perdón de sus injurias. El Conde le levantó y, tomándole del brazo le animó, haciéndole concebir buena esperanza. Después añadió que se maravillaba de que un hombre de tanta prudencia y gravedad, como él pretendía tener, hubiese incurrido en el error de hablar tan indignamente de quien no lo merecía, y en cuanto á lo que le achacaba, él no sabía lo ocurrido entre Sforza su padre y doña Lucia su madre, porque no estaba allí; ni había podido influir en la forma de su unión, no creyendo, por tanto, que le cupiese por ella elogio ó censura; pero sabía bien que en todos sus actos se había portado de modo que nadie debiera censurarle, de lo cual él y su Senado podían dar reciente y verdadero testimonio. Aconsejóle que en lo sucesivo fuera más prudente al hablar de otros y más cauto en sus empresas.

XIX. Después de este triunfo, el Conde con su vic-

torioso ejército pasó al territorio de Brescia y ocupó todo aquel condado, acampando á dos millas de Brescia.

Por su parte, los venecianos, al saber la derrota, temiendo, como sucedió, que Brescia fuese la primera población atacada, la guarnecieron con las fuerzas que mejor y más pronto reunieron, y después, con gran diligencia, tomaron á sueldo tropas, uniéndolas á los restos del dispersado ejército que pudieron recoger. Además, en cumplimiento de la Liga, pidieron á los florentinos auxilio, y libres ya éstos de la guerra con el rey Alfonso, les enviaron mil infantes y dos mil caballos. Este refuerzo les permitió aguardar ocasión propicia para hacer la paz.

Fué siempre destino de la república veneciana ser vencida en las batallas y victoriosa en las negociaciones; y lo que perdía en la guerra, con creces lo recobraba al ajustar la paz. Sabía las sospechas que á los milaneses inspiraba Sforza, y que éste deseaba ser, no capitán, sino Señor de Milán. Estando en su arbitrio pactar la paz con Sforza ó los milaneses, puesto que aquél la deseaba por ambición y éstos por miedo, eligieron los venecianos hacerla con el Conde y ofrecerle auxilio para la conquista que proyectaba, comprendiendo que, al verse los milaneses engañados por Sforza, querrian, por resentimiento, someterse al yugo de cualquier otro que al suyo y, reducidos al extremo de no poder defenderse por sí mismos ni fiarse del Conde, veríanse obligados, por no saber á quién acogerse, á echarse en brazos de los venecianos.

Tomada esta determinación, tantearon el ánimo del Conde, encontrándole sumamente dispuesto á la paz, porque deseaba que la victoria de Caravaggio fuera suya

y no de los milaneses. Ajustaron, pues, un acuerdo, obligándose los venecianos á pagar al Conde, hasta que se apoderase de Milán, trece mil florines mensuales y á auxiliarle durante la guerra con cuatro mil caballos y dos mil infantes. Sforza se comprometió á devolver á los venecianos las ciudades, los prisioneros y cuanto les había ocupado en la guerra, contentándose con el territorio que el duque Visconti poseía cuando murió.

XX. Al saber este acuerdo los milaneses, les contristó mucho más que les había alegrado la victoria de Caravaggio. Los grandes estaban desolados, el pueblo furioso, las mujeres y los niños lloraban, y todos acusaban al Conde de traidor y desleal. Aunque no esperaban apartarle de su determinación con ruegos ni promesas, enviéronle embajadores para ver con qué semblante y con cuáles razones explicaba su maldad. Al presentarse al Conde, le habló uno de ellos de esta manera:

«Los que desean conseguir de alguien alguna cosa, acuden á él con ruegos, ofertas ó amenazas, para que, movido por la misericordia, la conveniencia ó el miedo, acceda á lo que se pide. Pero con los hombres crueles y ávidos, ó que se juzgan poderosos, no se pueden emplear ninguno de aquellos tres medios, porque ni los ruegos les ablandan, ni las promesas les seducen, ni las amenazas les asustan. Por tanto, nosotros, que al presente conocemos, aunque tarde, tu crueldad, ambición y soberbia, venimos á tí, no para pedirte nada, ni con esperanza de obtener nada, aunque pidiéramos, sino para recordarte los beneficios que has recibido del pueblo milanés, y demostrarte con cuánta ingratitud los has pagado, á fin de que, entre tantos males como sufrimos, tengamos el placer de vituperar tus hechos.



»Recordarás bien cuál era tu situación á la muerte del duque Felipe. Eras enemigo del rey de Nápoles y del Papa; habias abandonado á los florentinos y á los venecianos, quienes por justa y reciente indignación, y por no necesitar de ti, eran tus enemigos; tenias agotado tus recursos en la guerra contra la Santa Sede: sin tropas, sin amigos, sin dinero y privado de toda esperanza de poder conservar tus Estados y mantener tu antigua fama, tu ruina era segura, á no ser por nuestra insensata confianza. Sólo nosotros te abrimos las puertas por respeto á la memoria de nuestro Duque, de quien eres pariente y con quien habias hecho nueva alianza, creyendo que conservarías el mismo afecto á sus herederos, y que si, á sus beneficios se unian los nuestros, esta amistad no sólo sería íntima, sino perpetua; por ello añadimos á las condiciones de tu alianza con el Duque, la de darte Verona y Brescia.

»¿Qué más podíamos darte ú ofrecerte? ¿Qué más podías lograr ó desear, no digo de nosotros, sino de cualquier otro en tiempo alguno? De nosotros recibiste inesperado bien, y en recompensa recibimos de ti inesperado mal.

»Y no es ahora cuando has empezado á mostrarnos tu malevolencia porque, tan pronto como fuiste general de nuestro ejército, contra toda justicia, te quedaste con Pavia, lo cual debió advertirnos del fin que tu amistad tendría. Sufrimos entonces la ofensa, creyendo que esta adquisición colmaria, por su grandeza, tu ambición. Pero ¡ah! los que desean el todo no se satisfacen con parte. Prometiste que tus futuras conquistas serían para nosotros, porque sabes bien que lo que se da en muchas veces se puede quitar de una. Así lo has hecho después de

la victoria de Caravaggio que, preparada con nuestra sangre y nuestro dinero, para nuestra ruina la has conseguido.

»¡Infelices ciudades las que necesitan defender su libertad contra la ambición de quien quiere oprimirlas; pero más infelices las que necesitan defenderse con armas mercenarias y desleales, como las tuyas! Sirva, al menos, nuestro ejemplo á la posteridad, puesto que no nos ha servido á nosotros el de los tebanos y Filipo de Macedonia quien, después de ser su general y vencer á sus enemigos, volvióse contra ellos y se convirtió en su Señor.

»No podemos ser acusados de otra culpa que de la de confiar mucho en quien debimos confiar poco, porque tu vida pasada, tu insaciable ambición no satisfecha con ningún cargo ni estado, nos debieron servir de advertencia y no cifrar esperanzas en quien engañó al Señor de Luca, sacó tributos á florentinos y venecianos, trató sin consideración al duque de Milán, insultó á un rey, y sobre todo, persiguió con tantas injurias á Dios y á la Iglesia.

»Jamás debimos creer que los milaneses tuvieran en el ánimo de Francisco Sforza más autoridad que tantos soberanos y que con nosotros guardara la fe que con tantos otros había violado.

»Sin embargo, esta escasa prudencia nuestra no excusa tu perfidia ni borra la infamia que nuestras justas quejas harán caer sobre ti en todo el mundo; ni evitará que te remuerda la conciencia cuando vuelvas contra nosotros, para herirnos, las mismas armas que preparamos para ofender y amedrentar á otros, porque tú mismo te juzgarás digno del castigo que los parricidas

merecen. Y aunque la ambición te ciegue, todo el mundo, testigo de tu iniquidad, te hará abrir los ojos; te los hará abrir Dios, si detesta el perjurio, la fe violada y la traición; si, como ha hecho hasta ahora con algún designio providencial, se muestra enemigo de los malvados.

»No te prometas, pues, segura la victoria, porque la justa ira de Dios la impedirá, y estamos resueltos á defender hasta morir nuestra libertad: cuando no podamos defenderla, antes nos someteremos á cualquier otro príncipe que á ti. Y si nuestros pecados fueran tales que, contra todo nuestro deseo, cayéramos en tus manos, ten por cierto que el reinado que tú empieces con engaño é infamia, acabará en ti ó en tus hijos con daño y vituperio.»

XXI. El conde Sforza, aunque se sintiera ofendido en todos conceptos por los milaneses, sin mostrar en sus palabras ni en su semblante alteración extraordinaria, respondió que de buen grado atribuía al estado iracundo de sus ánimos las graves injurias de sus impremeditadas frases, á las que contestaría particularmente, de estar ante alguno que debiera ser juez en esta cuestión, para que se viera que no había ofendido á los milaneses, sino precavido sus ofensas, porque bien sabían de qué modo se condujeron después de la victoria de Caravaggio; cuando en vez de premiarle con Verona y Brescia, procuraban hacer la paz con los venecianos, á fin de que sobre él cayeran las culpas de la enemistad, y para ellos fuera el fruto de la victoria, el mérito de la paz y las ventajas conseguidas en esta guerra. De suerte que no podían quejarse de que se adelantara él á hacer la paz que ellos intentaban ajustar; y de tardar él en convenirla, tendría ahora que acusar á los milaneses de la ingratitude que

le echaban en cara; que si esto era ó no cierto, lo demostraría, con el fin de la guerra, el mismo Dios, á quien ellos apelaban para ser vengador de sus ofensas, y que sabía quiénes eran sus amigos y quiénes defendían mayor justicia.

Cuando partieron los embajadores, preparóse Sforza á atacar á los milaneses, y éstos se dispusieron á la defensa, con ayuda de Francisco y Jacobo Piccinino que, por la antigua rivalidad entre los ejércitos de Braccio y de Sforza, permanecieron fieles á los milaneses. Estos pensaron defender su libertad, al menos hasta que pudieran separar á los venecianos del Conde, cuya alianza y amistad no creían fuese muy duradera.

Por otra parte, Sforza, que comprendía lo mismo, juzgó atinado, para cuando el compromiso no bastara, mantener por el interés la alianza de los venecianos, y por ello, al convenir las operaciones de la guerra, consintió que éstos atacaran á Crema, mientras él con sus tropas ocupaba el resto del Ducado. Dicho convenio cegó la prudencia de los venecianos, durando tanto su alianza con el Conde, que éste ocupó todo el Estado de Milán y estrechó á la capital de tal suerte, que de nada podía proveerse.

Desesperados los milaneses de cualquier otro socorro, enviaron embajadores para rogar á los venecianos que se compadecieran de su situación, y que, según costumbre de las repúblicas, tuvieran á bien favorecer su libertad y no á un tirano que, si lograba enseñorearse de aquella ciudad, no podrían reprimir; añadían que no creyeran se contentase Sforza con las condiciones estipuladas, pues reclamaría pronto los antiguos límites del Ducado.

Aun no se habían apoderado los venecianos de Crema,